

De Popayán, don Agustín Coruña,
No sé con qué color, mas no les falta
A los que tienen intención dañada;
El cual en Popayán es hoy prelado,
Doctísimo varón, fraile agustino,
Ejemplo de esencial recogimiento.
Removido pues el Sancho García,
Vino con el gobierno de Castilla
Un Juan de Tuesta Salazar, que todos
Hoy conocemos con aqueste cargo,
Y conocimos antes de tenello
Por hombre bien compuesto y avisado.
Estos gobernadores solamente
Tuvo desde el primer fundamento
Hasta el año que corre de presente
Doce menos del número de ciento
Con los mil y quinientos de creciente,
Contados desde el santo Nacimiento
Del Hijo que parió Madre doncella:
Inmensas gracias doy á él y á ella.

Ve con Dios, historia mía,
Salida de mis entrañas:
No temas mordaces mañas
Ni al que tiene, como Lia,
Ojos llenos de lagañas:
Este tal nunca te vea;
Mas suplico que te lea
Quien es de verdad amigo,
Pues tú no llevas contigo
Cosa que verdad no sea.

HISTORIA

de la gobernacion de Antioquia y de la del Chocó, adyacentes á la de Popayán, nuevamente desmembradas de ella por provisiones de la real Majestad del rey don Felipe, segundo deste nombre, nuestro señor.

De lo de Popayán dimos razones
Desde su primitivo fundamento;
Mas como ya cristianas poblaciones
Por sus confines van en crecimiento,
Restan agora dos gobernaciones
Subyectas á moderno regimiento,
Inclusas entre los tres grandes rios
De quien atrás tractaron versos míos.

Y así para que quede difinido
Lo deste territorio, con historia
Que haga su discurso conocido,
No las quiero dejar sin esta gloria,
Pues en aquellas han acontecido
Proezas altas dignas de memoria,
Así de parte de la gente nuestra
Como de la de allí, no menos diestra.

Aquestos rios pues de quien di llena
Relacion en las partes que convino.
Son Darien, Cauca y de la Magdalena,
Que corren gran distancia de camino
Hasta que juntos llegan al arena
Y riberas del término marino;
Y entre los tres hay rios y quebradas
Tantas, que no podrán ser numeradas.

Donde, según la vista verifica,
Se contiene riquísimo tesoro,
Por ser en general la tierra rica,
Y rios y quebradas manan oro;
Y así dice quien esto certifica,
Que mora de presente donde moro,
Haber en todas partes y lugares
Infinidad de minas singulares.

Juan de Alvarado Salazar se llama,
Viejo conquistador de aquellos senos,
Cuyo valor en ellos se derrama
Y en otras partes por sus hechos buenos,
De los cuales nos da muchos la fama,
Pero los que publica son los menos;
En esta descripción, la suya sigo,
Por ser antiguo y ocular testigo.

Dice que entre los rios ya nombrados
Hay también otros dos harto famosos,
Nichi y Porce, que pueden ser contados
Entre los que llamamos caudalosos;
Y por los unos y los otros lados
Hay indios por extremo belicosos,
En sus costumbres poco diferentes,
Y las provincias son estas siguientes:

La principal en estas es Catia;
A la segunda llaman Ibijico,
Comun contracto desta serranía,
Y así su morador sagaz y rico;
Pequi se sigue, cuya valentía
Escude todas estas que publico:
Mas adelante desta van las casas
De Penco, tierra de zavanas rasas.

Por las cuales también la de Noriseo,
Sin ocupar lugar montaña alguna,
Y las que caen en él, que es montisco,
Son Ituango, Pubio, Ceracuna,
Peberé Nitana, Tuin, Guisco;
Tierras de menos próspera fortuna,
Araque, Carautá, con Guazucoco,
Y otra primera quellas, dicha Teco.

Todas estas de montañas terreno,
Y por do la montaña se divierte,
Usan todos de flechas con veneno,
Certísimo ministro de la muerte.
Es grande la distancia deste seno,
Pues corre la montaña de tal suerte,
Que sin hallar de tierra rasa corte
Pasan al mar del Sur y al mar del Norte.

Y cuanto mas se llegan mas lluviosas,
Pantanos, y las gentes no son tantas;
Mas esas pocas, bestias belicosas,
Desnudas de los pies á las gargantas;
Solo cubren las partes vergonzosas
Con cortezas ó hojas de las plantas,
Gentil dispusición, traza garbada
Ellos y ellas, mas de poca vida.

Entiendo las montañas adyacentes
Al Darien ó tierras de Ballano,
Que son de las de arriba descendientes,
Donde no hallareis asiento sano,
Antes en general todos dolientes,
Eso me da en invierno que en verano,
Porque los altos es tierra sana
Desde donde comienza la Catia,

Que es á lo de Antioquia mas cercana;
Y todas las provincias comunmente
Son caribes que comen carne humana,
Sin reservar á dendo ni pariente;
Y aquesta de Catia, mas serrana,
Es en comun (demás de ser valiente)
Nación ingeniosa, bien vestida,
Y que vive con peso y con medida.

Y aun entre sus avisos principales
Historian las cosas sucedidas,
Mediante hieroglíficas señales
En mantas, y otras cosas esculpidas;
En oro y mantas crecen sus caudales
Con gran primor labradas y tejidas;
Raices es el pan cotidiano,
Porque la tierra lleva poco grano.

Pero como son ricos contractantes,
Y es de oro tan grande la ganancia,
De tierras mas viciosas y abundantes
Se lo suelen traer en abundancia.
Son bárbaros de miembros elegantes
Y de bravo denuedo y arrogancia,
Honestísimas todas las mujeres,
Gallardas y de bellos pareceres.

Alindados los rostros en faiciones;
Mas ellos algo bazos y morenos,
De gran verdad en sus contractaciones
Sin de su crédito venir á menos;
Usan lanzas, y dardos, y bastones,
Y flechas, pero limpias de venenos,
Traen cabellos largos en su tierra,
Pero quitárselos habiendo guerra.

Ellas lo traen mucho mas crecido,
Segun en otras muchas partes vemos;
Es su comun manera de vestido
Largo, tanto que cubre los extremos;
Joyeles cuelgan de uno y otro oido
Y de narices, en valor supremos;
Usan de sus maneras de alcoholes,
Aman y quieren á los españoles.

Los adúlteros son aborrecidos,
Y cerca desto viven con gran cuenta
En no violar los maritales nidos;
Mas como deste mal algo se sienta,
Suelen tomar venganza los maridos
De los que les hicieron el afrenta;
Cualquier otro pecado les es blando,
Pero sin culpa siempre del nefando.

Aman á sus mujeres tiernamente,
En tal manera que les son subyectos;
Algunos hay que tienen mas de veinte
O las que puede para sus afectos;
No reconocen rey ni presidente
Que les imponga leyes y preceptos,
Mas cada cual lo es de su cabaña,
Y el que mas rico es, mayor compañía.

Pero todas las veces que se piensa
Sobrevenir beligeros aprietos,
Están unidos para su defensa,
Y entonces tienen principes eletos,
Los cuales tienen potestad estensa,
En ejercicio della circunspectos,
De cosas á la guerra concernientes;
Y á estos son subyectos y obedientes.

Tienen esclavos para sus servicios,
De gente que en la guerra se captiva,
Los cuales hacen rusticos oficios
Si no los come condicion esquivá,
Por usar todos destos maleficios;
Pero muerto su amo, como viva,
Es el esclavo del caudal entero
Y de mujer y de hijos heredero.

Si venden un esclavo por chagalas,
De cuyo valor tienen certidumbre,
En una venta hacen tres iguales:
Una las manos por la servidumbre,
Otra la carne, destas gentes malas
Tienen en esto pésima costumbre,
Otra por la cabeza, que ya muerta
Por honra grande ponen á la puerta.

Y aunque nunca jamás gente catia
En torpes borracheras se agasaja,
Con gran jactancia de su valentía
Dice quel español es una paja:
No les escude, pero todavía
Reconocen tenelles gran ventaja
En los fogosos tiros que disparan
Y en letras que sus ánimos declaran.

No se les han hallado santuarios,
Aunque los tienen otros desta tierra;
Y cuando combatidos de contrarios
Se ven los comarcanos de su tierra,
A ellos les dan sueldos y salarios
Para que les ayuden en la guerra,
La cual hacen leal y fielmente,
Sin declinar á tracto diferente.

Muchos dellos adoran la milicia
De las estrellas que su vista marca;
Del general diluvio dan noticia
Y gentes que escaparon en el arca;
Reconocen haber Dios de justicia,
Del cielo y de la tierra gran monarca;
Y aunque al demonio tractan con regalo
Temblando del, conócenlo por malo.

Y así le llaman ellos al diablo
Cunicubá, que malo representa;
En la lengua catia tal vocablo
Y otros ningunos hay de mas afrenta;
No le hacen pintura ni retablo,
Aunque los amenaza y amedienta:
Díceles qué crío todas las cosas,
Con otras invenciones fabulosas.

En su vulgar, á Dios llaman Abira,
Que representa sumamente bueno;
Al español por nombre dan Aira,
Que quiere decir, hijo de su seno;
Dellos el hechicero se retira,
Y si repara por aquel terreno,
Como sepan sus tractos, de tal suerte
Lo castigan, que muere mala muerte.

Para los casamientos hay terceros,
Y siendo moza, virgen y hermosa,
Promete buena copia de dineros
Aquel que la pretende por esposa;
Cuando se juntan, miran en agüeros,
Y á la doncella el tocar no osa
Si la que ya desea verse dueña
No lo convida con alguna sena.

Quando se mueren estos naturales,
Unos dicen que hembras y varones
Se transforman en bravos animales,
Como serpientes, tigres y leones
Otros entierranse con sus caudales,
Criadas y criados y otros dones,
Con fusia de tener en otra vida
Armas, oro, sirvientes y comida.

Estas son las costumbres de catios,
Segun se sabe ya de cierta ciencia;
Mas entre Nichi y Cauca, los dos rios,
Hay otra gente que se diferencia
En el lenguaje y en los atavios,
Y terreno mejor en influencia
Por ser de sementeras abundante
Y el morador soberbio y arrogante.

Es por naturaleza gente cruda,
Guerrera sobre todas las que cuento,
Gentil dispusición, pero desnuda
Como gozan de buen temperamento:
La cual no muestra ser torpe ni ruda
En admitir cristiano documento,
Pues toman bien lo que se les predica,
Y es sobre todas la nación mas rica.

Porque quebradas, rios, vertederos,
Y cualquiera lugar que se catea,
Manifiestan auríferos veneros
Con quel avaro pecho se recrea,
Y la solicitud de los mineros
Saca bien proveída la batea:
Llámanse nutabees estas gentes,
Herbolarios demás de ser valientes.

Contráctanse con gente tahamia,
Que para guerra no fué gente maera;
Tienen gran hermandad y compañía
Y es la contractacion entrellos franca;
Sirven los tahamies hoy en día
A Bartolomé Sanchez Torreblanca,
Y son los mas propincuos al partido
Del Nuevo Reino donde yo resido.

Mas entrellos y él hay naturales
Diversos y de vida mas sincera,
Desnudos, descuidados de caudales,
Y lijerísimos en gran manera,
Pues alcanzan silvestres animales
Sin alargarse mucho la carrera,
Baquiras mayormente, que son reses
Lijeras, y en faicion puercos monteses.

Y Antonio de Mancipe, que presente
Da relacion de muchas cosas destas,
Me dice tener barbara sirvienta
Que por zavanas rasas ó florestas
Corria como perra diligente,
Hasta tomar alguno, y á sus cuestras
Lo traía según fácil oveja
Asido de la pierna y el oreja.

Son hombres bien dispuestos y docibles
Para servir en lo que son instrutos;
Gozan de montes claros y apacibles
Que los regalan con diversos frutos;
Son las mujeres dellos convenientes
Mas que para servir hombres tan brutos,
Porque sacadas de sus naturales
Salen limpias y grandes serviciales.

Por estos indios y otros mas cercanos
Al Nuevo Reino y á sus señoríos,
Tuvieron gran noticia los cristianos
De la riqueza dentre los dos rios,
Y cómo poseían ricos granos
En cualquiera provincia sus gentíos;
Y así los incitaba la codicia
A querer ver por ojos la noticia.

Y los de Popayán, según que veo
Por otra relacion que me fué dada,
Estaban ansimismo con deseo
De poner en efecto la jornada,
Porque para hacer aquel empleo
No dió lugar la tempestad pasada
De guerras que tenían entre manos
Con bárbaros al pueblo comarcanos.

De manera que en una coyuntura
Dos partes pretendían la ganancia:
Estas declararé con ligadura,
Mas sin obligacion de consonancia,
Por ser mas descansada compostura
Y haber hecho de ritmas abundancia,
Y porque viéndome cansado viejo,
Amigos me lo dieron por consejo.

¡Oh Musa, la mas alta de la cumbre
Del Apolo á quien es todo posible,
Que sin perder virginea costumbre
Al invisible Dios distes visible!
Provéame por vos de clara lumbre,
Aquella lumbre que es inaccesible,
Para que con favor suyo proceda
En la jornada larga que me queda.

CANTO PRIMERO.

Donde se da razon de los primeros capitanes que entraron en las provincias de entre los rios Cauca y el de la Magdalena, así de la gobernacion de Popayán como de este Nuevo Reino.

La cordillera de las altas sierras
Que salen de la parte del estrecho
A quien dió Magallanes nombramiento,
Que es en cincuenta y dos grados y medio,
Do constituyen la templada zona
Del antártico polo los que miden
Latitud y longura de lugares,
Al norueste viene declinando,
Con grandes brazos della dependientes
A diferentes vias estendidos
Incluyendo las sierras de los Andes,
Pues al sur le demoran las grandezas
De Chile, Pirá, Quito; y á la parte
Del norte lo del rio de la Plata,
Brasil y Marañon, y las provincias
A las árticas ondas adyacentes;
Y en la continuacion de su corriente
Se viene por la tórrida metiendo
Y la equinoccial atravesando;
Pero ya cerca della se divide
En tres brazos la dicha cordillera,
Que contienen amplísimos terrenos:
El uno destes ramos va corriendo
Entre la mar del sur y rio Cauca,
El cual continuando su derrota
Pasa por Panamá, y enfermo suelo
Del que Nombre de Dios heredó nombre,
Y va hasta llegar á Nueva-España.

El otro ramo dentre los dos rios
Que es el de Cauca y de la Magdalena
Do se contienen las provincias dichas
De los catios y otras gentes bravas
Prestas á la defensa de sus tierras,
Es de menor discurso su corrida,
Pues el remate del es á las juntas
Donde las dos corrientes hacen una,
Que será veinte leguas la distancia
Desde su conyuncion á la mariua,
El sitio destas juntas á diez grados
De latitud, según que se tantea
Por hombres que regulan el altura.

Deste quiero tractar; pero primero
Que lleguen los mortíferos espantos,
Los rigurosos trances y contienda
En su demarcacion acontecidos,
Del tercero diré cómo se tiende
Entre el gran rio de la Magdalena,
Y los inmensos llanos de quien hice
Mencion en otras partes do convino;
El cual ramo se va continuando
Por la costa del mar de Santa Marta,
Del Cabo de la Vela y Venezuela,
Y por el alaguna que se llama
En aquella provincia Maracaibo.

Pero donde contiene mas anchura,
Con multitud de gentes naturales,
Valles amenos, fértiles culturas,
Herbosos campos, fuentes cristalinas,
De varias mieses grandes sementeras,
Dehesas proveidas de ganados
Con pastos que no pierden sus verdores,
Claros corrientes, lagos espaciosos,
Diversas cazas, pescas apacibles,
De plata y oro prósperos veneros,
Piedras preciosas, ricas esmeraldas,
Templanza salutifera, pues nunca
Frio fatiga ni calor da pena,
Con otras muchas cosas necesarias
A la conservacion de los mortales:

Es en la parte donde situado
Vemos el nuevo reino de Granada,
En hemisferio ártico que cae
Debajo de la mas ardiente zona,
En el primero clima, y es distancia
Que corre desde tres á siete grados.
En estas levantadas serranias
Hay valles y llanuras apacibles
Por do se tienden bárbaras moradas
Y tienen sus ciudades españoles:
Es la de Santafé cabeza dellas
En cuatro grados y minutos veinte
Debajo del primero paralelo;
Aqui la majestad del rey hispano
Puso su sello con real audiencia,
Que decide las causas, sentenciando
Segun disposicion de los derechos,
Y dan conductas á los capitanes
Para conquistas de diversas tierras.
Corriendo pues del parto de la Virgen
Años cincuenta sobre tres quinientos,
Un diestro capitán, Francisco Nuñez
Pedroso, de quien ya tractamos antes,
Fué por estos odores proveido
A la jornada dentre los dos rios,
A cuyos senos voy encaminando.

Este salió con gente valerosa,
Soldados escogidos y cursados
En las penalidades de conquistas,
Do la seguridad mas evidente
Amenaza con muerte trabajosa:
Ochenta fueron estos compañeros,
De caballos y armas pertrechados,
Y en número pasaban de quinientos
Los indios que llevaban de servicio.

Entró con este buen aviamiento
Adonde lo llevaban sus intentos,
Siendo con estos mismos ya salido
De la ciudad de Arma, subyacente
A la de Popayán, con mas posible
El capitán Fernando de Cepeda
A fin de subyectar aquellos indios
A la ciudad de Santafé nombrada
Que de la de Antioquia tiene nombre,
De quien hemos tractado largamente
En el discurso de Pedro de Heredia.

Estos dos capitanes que decimos,
Aunque entraron por vias diferentes
(Sin saber uno de otro), se juntaron
Y tuvieron pesadas diferencias,
En las cuales Pedroso, descompuesto
Al reino se volvió do residia,
Quedándose Cepeda mas pujante,
El cual con aquel bárbaro gentío

Tuvo batallas y recuentos varios
Que contrastaban siempre sus intentos;
Y así potencia bárbara le hizo
Dejar de proseguir esta demanda,
Con pérdida de muchos españoles.
Entró después Bernardo de Loyola,
Vecino principal de los Remedios,
Que con el de Victoria confina,
Ambos pueblos de aqueste nuevo reino:
Fué sin autoridad y sin licencia
De los señores del real senado,
So color de buscar prósperas minas.
Sabida su demanda por don Diego,

De los Carvajales descendiente,
Vecino de la villa de Victoria,
O por enemistad que le tenia
O por codicia grande de la empresa,
Denunció del ante los senadores,
Los cuales, las razones comprobadas,
Le dieron comision para prendello
Y con los que tenia y el llevaba
Poblase do mejor le pareciese.

Efectuó con esto su viaje,
Y aquella provision notificada,
Loyola se salió dentre los rios,
Quedándose don Diego con la gente,
Al cual dieron los indios tanta priesa,
Que con algunos españoles menos
Tuvo por bien dejar la tierra libre.

Pero después, el año de sesenta,
Quiso tentar segunda vez la suerte,
No sin aquel ardor que caballeros
Suelen tener en puntos honorosos;
Mas con solos cuarenta compañeros,
Algunos de los cuales conocimos,
Y todos dignos desta confianza,
Pues destes era Leonel de Ovalle,
Gallego, natural de Salvatierra,
Sancho Velez, Sarmiento y Andrés Pinto,
Francisco de Aguilar y Alonso de Arce,
Francisco de Silvera, lusitano,
Y otros de cuyos nombres falta copia;
Pero tenemos la de sus hazañas
En trances rigurosos y arriscados.

Llegaron con aquella vigilancia
Que suelen los que tienen experiencia
De la ferocidad destas naciones,
Y en parte rasa, con la diligencia
Que piden los peligros evidentes,
Hicieron fuerte, donde de la furia
Bárbarica pudiesen ampararse,
Las armas en las manos todas horas,
Y prestos los fmosos arcabuces,
La cual solicitud no fué baldia,
Antes de su salud segura prenda,
Porque sabido por los naturales
El concepto de nuestros españoles,
Nunca jamás se les pasaba dia
Sin dalles mil desgustos con asaltos
Los indios que tenían mas cercanos.

Mas viendo que fogosos instrumentos
A muchos traspasaban las entrañas,
Acudió multitud innumerable,
De jaculos mortales proveidos,
Con macanas y lanzas penetrantes,
De ricas diademas coronados,
Con otras varias joyas que declaran
La gran prosperidad de sus terrenos:
Tal es el resplandor que reverbera,
Que del refracto de solares rayos
Potencia visual es ofendida.

Las voces impelidas de los pechos
Y estrépito de rústicas bocinas
Rompen los vagos aires, y la tierra
Parece fatigarse con temblores,
Como cuando de trueno fulminoso
Es en alguna parte lastimada.
Aquesta furiosa muchedumbre
Rodeó los valientes españoles,
Los cuales, por don Diego bien instructos
Y de sus instrumentos ayudados,
A los tartáreos fuegos encaminan

No poca cantidad de los contrarios;
Mas era la ruina poca parte
Para poner á sus furores freno,
Porque cierto gandul embravecido,
De miembros y estatura de gigante,
Con voces espantables los anima
Facilitándoles esta victoria.

Este se puso junto del cercado,
En la mas alta parte, donde estaba
Un árbol que tenían ya cortado:
Chaguala fina pende de su pecho,
De orejas y narices otras joyas,
Penachos variados ondeando,
Bravo meneo y áspera postura:
El terrible baston que meneaba
Al de Goliat era semejante;

A voces allí puesto desafia
Con grandes vituperios á los nuestros,
De los cuales (que estaban mas á mano)
Salieron cuatro, Pinto, lusitano,
Francisco de Aguilar y Sancho Velez,
Y Alonso de Arce, todos con escudos
Y espadas cortadoras en las manos.
Llegaron al lugar, y el árbol era
Para fajar con el impedimento;
Mas todavia con aquel coraje
Que crian vengadoras voluntades,
Rodean al gandul, que se movia
Con suma lijereza, meneando
El áspero baston á todas partes,
Y al Sancho Velez que halló mas cerca,
Cubierta la cabeza con celada,
Y la rodela puesta por delante,
Tan gran golpe le dió con la macana
Que la tierra midió cuasi que muerto;
Al Arce revolvió luego con otro,
Al cual hizo pedazos el escudo,
Y lo tendió también en aquel suelo.

Francisco de Aguilar, que bien pensaba
Quedar victorioso del gigante,
El ponderoso palo lo compele
A juntar las rodillas con la tierra.
Entonces Andrés Pinto, como suelto,
Abalanzóse por el diestro lado
Antes que revolviere con el leño,
Y con la punta del cruel acero
Rompió por el ijar bravas entrañas
Del bárbaro feroz, en tal manera
Que el alma salió por la herida
Y el cuerpo monstruoso cayó luego,
Con una voz y grito tan horrendo,
Que los que se hallaron á la mira
De sus furores fueron alojando.
Por otra parte Leonel de Ovalle
Con otro principal acaso vino
A singular certamen, donde presto
El bárbaro perdió la lozania;
Y los demás habiendo consumido
Las flechas y los dardos que traían,
A sus pájizas casas se volvieron,
No presurosos, mas á paso lento,
Diciendo: « Descansad, gente barbuda,
Porque para dar fin á la contienda
Aqui seremos de hoy en cuatro dias. »

Los nuestros, reparados los heridos,
Entraron todos ellos en consulta,
En la cual de comun consentimiento,
Visto que les faltaban municiones
Y no ser parte para sustentarse,
Apriesa negociaron la partida.

Entró poco después un Juan Valero,
Ejemplo de virtud y de modestia
(Hablo como testigo de su vida
Por amistad de tiempos atrasados).
Y aunque llevó mas número de gente,
Vista la gran dureza del salvaje
En dar la paz que siempre les pedia,
También se vino sin hacer efecto,
Y no tan de reposo que no fuese
Con renombre de fuga la salida.

Aqueste capitán es el postrero
Que deste Nuevo Reino fué con gente;

Y así para decir quien permanece
En las conquistas deste barbarismo,
Habré de convertir mi flaca pluma
A la ciudad ó villa de Antioquia,
Tomando de muy lejos la carrera
Para que sea mas inteligible
Esto que de presente pretendemos
Poner en escritura verdadera;
Cuyos sucesos varios remitimos
A los versos del canto venidero.

CANTO SEGUNDO.

Donde se da relacion del primero fundador de la ciudad de Antioquia, y cómo después fué mudada de aquel asiento primero á mejor sitio, donde permanece con nombre de villa de Santafé de Antioquia.

En el proceso largo desta historia,
Algunas veces hemos referido
Cómo George Robledo fué el primero
Cimentador del pueblo de Antioquia,
Y su primera fundacion adonde
Fué don Pedro de Heredia descompuesto
Por Juan Cabrera y otros capitanes
Del buen don Sebastian de Benalcázar:
La cual participaba de las tierras
Que tienen entre si las ricas aguas
Del rio Darien y rio Cauca.
Pero después de aquellas competencias,
Por no ser sitio bien acomodado,
Así para salud como defensa
Del nuevo morador, por la braveza
Del natural vecino repugnante,
Por orden del ilustre Benalcázar
Aquesta poblacion fué trasladada
Acia Buitica, do mas propicio
Y mas alegre cielo se mostraba,
Terreno sano, nobles influencias,
Aires de salutifera templanza,
Campos mas espaciosos y estendidos.
Do pueden en beligeros rebatos
Mandarse los caballos á contento,
Y hacer mas estrago con la lanza
En los que contrastaban sus diseños
Y donde los auríferos veneros
Esceden á los ricos celtiberios
Y sobrepujan á los de Dalmacia,
Con que los moradores enriquecen
Y mucho mas jueces, comisarios
Frecuentes, por livianas ocasiones
(Absortos en aquesta golosina)
A ser universales herederos
De lo que valerosos han ganado
A costa de la sangre de sus venas.
Para trasladar pues a queste pueblo
Al asiento que queda declarado,
El Benalcázar hizo confianza
Del diestro capitan Gaspar de Rodas,
De quien hice memoria muchas veces
En los lugares donde convenia
De sus trabajos varios dar noticia.
Es pues aqueste noble caballero
Del pueblo belicoso de Trujillo,
Morada principal de Estremadura,
De bien nacidos padres heredero;
Pues fué su padre Florencio de Rodas,
Alcaide de la fuerza dicha Lole,
En la provincia fértil del Algarve;
Su madre doña Guiomar Coello,
Que en Lusitania, donde fué nacida,
La ciudad de Lamego fué su cuna.
A las Indias pasó joven florido,
Y en duros ejercicios de la guerra
Desde su juventud se dió tal maña,
Que todos igualaban su prudencia
A su bien aprobada valentia.
Entró primero con alguna gente,
A sus espensas propias granjeada,
Al socorro de don Juan de Andagoya,
Hijo de don Pascual, de quien mi pluma
En lo de Popayán hizo memoria;

El cual entonces iba descubriendo
Tierras que con el mar del Sur confinan,
Pero salióse Rodas con su gente,
Vista la perdicion desta jornada,
El año de cuarenta y uno, cuando
Vino Vaca de Castro con poderes
Del gran monarca contra los rebeldes
En reinos de Pirú sin obediencia.
Con él se vino Rodas hasta Cali,
Adonde Benalcázar gobernaba,
Con quien Vaca de Castro tractó cosas
Tocantes al viaje que hacia.
Quedó Rodas debajo del gobierno
Del dicho Benalcázar, donde siempre
En cargos honorosos le dió mano;
Y por el crédito que del tenia,
Para mudar el pueblo de Antioquia
Le dió poder é hizo su teniente
Al principio del año de cincuenta,
Que vino por juez de residencia
El licenciado Francisco Briceño,
A quien la dió también Gaspar de Rodas
Como teniente del adelantado.
Dió sus descargos, y esperó sentencia,
En que se pronunció que merecia
Cargos de muy mayores eminencias;
Mas aquel pueblo nuevo que tenia
Ciudad de Santa Cruz por apellido,
Mandó que fuese villa, y adelante
Santafé de Antioquia se llamase:
La cual con este nombre permanece,
Y en ella desde el tiempo que decimos
Gaspar de Rodas hizo su vivienda;
No sin deseo de fundar mas pueblos
En las provincias dentre los dos rios,
A lo cual aspiraban otros muchos
Varones de caudal y principales,
Que de la gran riqueza de aquel suelo
Tenian ya noticia y esperiencia.
Destos fué Lucas de Avila, vecino
De Encerma, que tenia gran posible,
Y pretendió pedir aquellas tierras
Por gobierno de Popayán distinto;
El cual conmió sus intenciones
Con Andrés de Valdivia, su carillo,
Sagaz, astuto y hombre diligente
Para negociaciones semejantes,
El cual facilitó sus pretensiones
Y prometió traelle los despachos
Dentro de breve tiempo de Castilla.
Acudió Lucas de Avila con oro
Con larga mano para su viaje;
Pero después en el real consejo
Negoció para sí, que no debiera
El gobierno-quel otro pretendia,
A costa del que hizo confianza
De sus palabras y amistad antigua.
En este tiempo barbaros vecinos
A los subyectos indios de Antioquia
Persuadian infinitas veces
Negasen á los nuestros obediencia
Y de su libertad fuesen señores,
Pues nunca fueron sus antepasados
Subyectos á serviles condiciones,
Porque para quedar libres y exentos
Ellos tenian ya las armas prestas,
Y no les faltarian sus favores
Hasta desarraigar cristiana planta,
De quien se recelaban también ellos
Por vellos tan pegados y propincuos.
Los indios de Antioquia bien quisieran
Quitar de sobre sí tan duro yugo;
Pero los moradores de la villa
Tenian el aviso necesario
Y el asiento del pueblo tan á gusto,
Que los subyectos fueran poca parte
Para los lastimar sin daño suyo;
Y así, no respondieron con efecto
A las persuasiones que decimos,
Los pechos inquietos, mas las manos
Quietas con temores del castigo.
Y así Toné, cacique comarcano.

Bravo de condicion y sedicioso,
Por la seguridad de su partido,
De los pacíficos mas principales
Hizo congregacion en las montañas,
Y en banquete costoso que les hizo,
Después de satisfechos y contentos
Y en furia levantados con el vino,
Pídióles atencion, las manos altas;
Y estando reportados y quietos,
Les dijo las labras que se siguen:
«Oid con atencion, fuertes varones,
Deciros he razones que os espanten
Y el ánimo levanten mas caido,
Pues quiero, no movido por anteojos,
Poner ante los ojos desventura
Que pide ser la cura sin tardanza,
Antes que mas pujanza destas gentes
Atraiga vuestras frentes á su yugo.
Durísimo verdugo, va sin freno
Usurpando el ajeno territorio,
Y segun es notorio los haberes,
Los hijos y mujeres y haciendas.
Para tomar enmiendas falta brio;
Cada cual esta frio conociendo
Que nos van consumiendo poco á poco:
Páreceme ser loco sufrimiento
Dejar su desatiento sin castigo.
Por vosotros lo digo, gente fiera,
Que ya puede cualquiera subyectaros,
Moveros y mandaros como á brutos,
Pagándoles tributos y á porfia
Cumpliendo noche y dia voluntades
Ajenas de verdades y modestias:
Llévanos como bestias donde quieren;
Vuestros hijuelos mueren sin venganzas;
En minas y labranzas que les labran
Azotan, descalabran á los flojos;
Vosotros como cojos y sin manos
Sufris estos cristianos. ¡Ay, catios!
¿Qué son de vuestros brios y braveza?
¿Qué es de la fortaleza que solia
Domar la serrania peleando?
¿Quién ha tornado blando vuestro pecho?
¿Quién turba y ha deshecho los alardes?
Bajos, viles, cobardes corazones,
Pues tantas sinrazones como estas
Llevais á vuestras cuevas con paciencia.
Mirad la diferencia de las mias,
Pues que Pedro de Frias sabeis cierto
Ser por mis manos muerto y otros siete
Y el lengua y alcahuete Juan Gonzalez,
Mestizo, que si tales todos fueran,
Sus vidas nos vendieran á mas precio;
Mas este como necio confiado,
Habiéndose librado del rebato,
Dijo desde á buen rato con voz alta:
— ¡Ah! perros, el que falta viene á veros,
Que sin sus compañeros Dios no quiera
Que huya, y aunque muera, como muero,
He de vengar primero su mal hado.—
Y así desesperado se abalanza,
Que ni bastaba lanza ni macana
A resistir su vana lozania:
Gran estrago hacia con la espada
En la gente granada, de tal suerte,
Que vieron de la muerte los espantos
En un momento tantos cuantos fueron
Aquellos que murieron de su parte,
Mas el contrario marté, que no cesa,
Le dió tan grande priesa por los lados,
Que fueron traspassados brevemente;
Y aquel mozo valiente que pudiera
Irse donde quisiera sin herida,
Allí perdió la vida por sus muertos,
Amigos mal espertos. Ved qué ejemplo
Es este que contemplo con aviso,
Pues este morir quiso por su villa
Y vengar la cuadrilla que era poca.
Aquel á quien le toca mayor daño
No cumple ser extraño de venganza:
La vil desconfianza se deseché;
El tiempo se aproveche, no se pierda;

El arco tenga cuerda mas estrecha;
La voladora flecha nunca pare;
La macana declare su justicia;
Salgan á la milicia desde luego
Bien tostados al fuego los astiles;
Huyan temores viles de los senos,
Pues veis que no va menos en la obra
Que gozar sin zozobra de las prendas
De hijos y haciendas y mujeres.
Aquestos pareceres no son vanos:
Por tanto nuestras manos y nobleza
Muestren su fortaleza y estén prestas
A redimir molestas vejaciones.»
Esto dijo Toné, porque desea
Ver ya toda la tierra levantada
Y á nuestros españoles ocupados
En guerras mas cercanas á su pueblo,
Reconociendo ser impedimento
Para se quedar el sin el castigo
Que por aquellas muertes merecia;
Lo cual aconteció, segun él dijo,
Entrando sobre paz Pedro de Frias
A pedir el tributo que debía,
Por ser indios en él encomendados.
Mas él y los demás, sobre seguro,
Por mano del Toné pagaron antes
Aquel que ley precisa les impuso,
Y el caso sucedió desta manera:
Estando juntos estos españoles
Para comer sentados á la mesa,
Cayeron de lo alto del buhio,
Sin parecer de dónde procedian,
Cinco gotas de sangre, no dudosas,
Que mancharon los candidos manteles;
De que quedaron mustios y turbados
Y con sudores frios, como cuando
Quedan aquellos quel color mudado,
Enhiestos y erizados los cabellos,
En noche tenebrosa caminando,
Fantasma se les puso de delante:
Lo cual por mal pronóstico se tuvo.
Y así Pedro de Frias al caballo
Ocurre para se poner encima,
Los otros á las armas que tenian:
Mas no fué tan veloz su pensamiento
Cuanta fué la presteza con que llegan
Gran multitud de barbaros armados,
Y el impetu furioso de manera,
Que puesto que con daño de los indios
Todos los españoles fueron muertos,
Escepto Juan Gonzalez, un mestizo,
Que se les escapó dentre las manos,
Y con aliento de veloce ciervo
Llegó donde pudiera salir salvo;
Pero teniendo por afrenta grave
Huir el solo del combate duro
En que dejaba los de su compañía,
Volvió como leon encarnizado,
Y hizo lo quel indio representa
En el razonamiento referido,
Donde con sus razones persuade
A rebelarse contra los cristianos.
Y así por sus industrias y consejo
Negaron subyecion á quien la daban,
Dando principios á sangrienta guerra;
Y porque con la villa no podian
Dieron en las cuadrillas de las minas,
En hatos y en estancias de sus amos,
Matando negros, indios y españoles
Con tal obstinacion, que desde el año
De quince cientos y sesenta y cinco
Llegó la duracion al de setenta,
En cuyos intermedios padecieron
Grandes trabajos y desasosigos,
Que si quiero particularizarlos
Seria proceder en infinito.
Pero sabido por quien gobernaba
A Popayán en esta coyuntura,
Que don Alvaro de Mendoza era
Dentro de cuyos terminos caia
Entonces esta villa que decimos,
Puso los ojos para dar remedio